

MARÍA, NUESTRA GRAN MAESTRA EN LA ESCUELA

Nunca olvidemos esto: la Virgen Madre es nuestro gran modelo y ayuda en la Escuela de Santidad, en la Escuela de la intimidad con Dios.

Es MAESTRA, MODELO Y MADRE

Es un regalo inmenso contemplarla en oración adorante estos días en la encarnación, en la Navidad. Ejemplo sublime de amor y de intimidad divina.

En Ella de manera única, sublime, irreplicable, se cierne la acción de Dios, de manera que se convierte para nosotros, dentro de la Escuela de Santidad, en el mejor **MODELO** (pongamos siempre los ojos en Ella); en la mejor **MAESTRA** (nos enseña con su vida, con su palabra, con sus gestos, con su sonrisa y cercanía...), y en la más tierna **MADRE** (está pendiente de nosotros, nos quiere, nos guía en la escuela de la santidad, nos protege con ternura y paciencia...)



Nos enseña a AMAR, a ADORAR, a OFRECERNOS

Junto a Ella aprendemos a AMAR a Jesús, aprendemos a ADORARLE, y aprendemos a OFRECERNOS totalmente a Él.

María **AMA** a Jesús con amor ardiente: su corazón es una hoguera ardiente, es la zarza contemplada por Moisés, que ardía sin consumirse... Esta imagen bíblica, bellísima, la aplica la liturgia al amor virginal con que María ama a su divino Hijo: "En la zarza que Moisés vio arder sin consumirse, reconocemos tu virginidad admirablemente conservada. Madre de Dios, intercede por nosotros" (Antífona de Vísperas del 1 de enero).

María también le **ADORA**, con un corazón totalmente muerto al amor propio y con total humildad. La adoración exige **Amor grande y puro**, y mucha **humildad hasta desaparecer amando**. El que adora quiere desaparecer él para que aparezca sólo el adorado. Por eso el corazón se inclina, se humilla.

Y, por fin, **SE OFRECE**, se entrega sin condiciones a los planes de Dios sobre Ella: "Señor, ¿qué quieres que haga? Dímelo, porque solo quiero vivir para complacerte. Esta es la actitud de toda la vida de La Virgen, un permanente **Fiat**: "¡Hágase en mí según tu palabra!"

Este PROGRAMA de vida espiritual que Ella vive maravillosamente es el que también nosotros debemos intentar vivir fielmente en nuestra vida. Aprender esto es lo que pretende nuestra Escuela de Santidad.

San Efrén de Siria, Padre y Doctor de la Iglesia, que fue diácono, escritor y músico, conocido en su tiempo (siglo IV) como el Místico, con el apelativo de El arpa del Espíritu, canta admirado el "prodigio" de la Madre de Dios. Nos contagia su amor y su entusiasmo:

*¡Tu madre es un prodigio! Entró el Señor a ella,
y se volvió siervo; entró el Hablante,
y se quedó mudo en ella;
entró el Trueno, y acalló su voz;
entró el Pastor de todos,
y se volvió en ella cordero, que salía balando.*

*El seno de tu madre ha trastocado los órdenes.
El que dispone todas las cosas entró siendo rico,
y salió pobre; entró a ella ensalzado,
y salió humilde; entró a ella resplandeciente,
y se vistió para salir de pálidos colores.*

Adoremos esta semana al Señor en los misterios que celebra la Liturgia: Epifanía y Bautismo del Señor

I. EPIFANÍA: Dios salva a todos los pueblos

1. El Misterio y la historia

La Epifanía es la **manifestación de Jesús** a todas las naciones, representadas por los Magos, que llegaron a Belén desde Oriente para rendir homenaje al Rey de los Judíos, cuyo nacimiento habían conocido por la aparición de una nueva estrella en el cielo. Pensemos que antes de la llegada de los Magos, el conocimiento de este acontecimiento había llegado poco más allá del círculo familiar: además de a María y a José, y probablemente a otros familiares, se había dado a conocer a los pastores de Belén, los cuales, oído el gozoso anuncio, habían acudido a ver al Niño mientras todavía yacía en el pesebre. La venida del Mesías, el esperado de las gentes anunciado por los Profetas, permanecía así inicialmente en lo **oculto**. Hasta que, precisamente, llegaron a Jerusalén esos misteriosos personajes, los Magos, a pedir noticias del "rey de los Judíos", que acababa de nacer.

Obviamente, tratándose de un rey, fueron al palacio real, donde residía Herodes. Pero éste no sabía nada de ese nacimiento y, muy preocupado, convocó rápidamente a los sacerdotes y a los escribas, quienes, basándose en la célebre profecía de Miqueas (cf. 5,1), afirmaron que el Mesías debía nacer en Belén. Y, de hecho, volviendo a caminar en esa dirección, los Magos vieron de nuevo la estrella, que les guio hasta el lugar donde se encontraba Jesús. Una vez dentro, se postraron y lo adoraron, ofreciendo dones simbólicos: oro, incienso y mirra. *He aquí la epifanía, la manifestación: la venida y la adoración de los Magos es el primer signo de la singular identidad del hijo de Dios, que es también hijo de la Virgen María. Desde entonces empezó a propagarse la pregunta que acompañará toda la vida de Cristo, y que de varias maneras atraviesa los siglos: ¿quién es este Jesús?* (Cf Benedicto XVI)

2. Los Magos, buscadores de Dios

¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Esta era la única pregunta que interesaba a los magos. Buscaban al recién nacido, ¡buscaban a Dios! y en Él las respuestas a todos sus interrogantes, a todos sus anhelos más íntimos. Los Magos nos enseñan a ser **buscadores de Dios en la vida**.

Mateo refiere en su Evangelio la pregunta que ardía en el corazón de los Magos: «¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido?» (Mt 2, 2). Su búsqueda era el motivo por el cual emprendieron el largo viaje hasta Jerusalén. Por eso, soportaron fatigas y sacrificios, sin ceder al desaliento y a la tentación de volver atrás. También nosotros somos, debemos ser, buscadores de Dios... porque el hombre es un eterno buscador de la felicidad.

Es cierto que hoy no buscamos a un rey como los magos; pero estamos preocupados por la situación del mundo y preguntamos: ¿Dónde encuentro los criterios para mi vida? ¿Dónde encontrar el camino de la verdad y del bien? ¿De quién puedo fiarme; a quién confiarme? ¿Quién puede darme la respuesta satisfactoria a los anhelos del corazón? Hacerse estas preguntas significa buscar a Alguien que ni se engaña ni puede engañar, y que por eso es capaz de ofrecer una certidumbre tan firme, que merece la pena vivir por ella y, si fuera preciso, también morir por ella.

Por eso la actitud de los agnósticos es reprochable, porque en vez de buscar responsablemente la Verdad, se instalan en una vida aparentemente cómoda, viviendo de hecho como si Dios no existiese.

3. Hallaron al Niño con su Madre y le adoraron. Es el premio a su audaz perseverancia.

Los Magos buscaron y encontraron. La **fe es encuentro con la Verdad**. La aceptación con todo el ser de la Persona de Cristo. Una fe que sin ser visión (el cielo) es por la convicción de lo que se espera y argumento de lo que no se ve. Proceso de luz creciente que embarga el alma.

¡Y le adoran! Adorar "es la primera actitud del hombre que se reconoce criatura ante su Creador..." Es la acción de **humillar el espíritu** ante el

"Rey de la gloria" (S.14) y el silencio respetuoso en presencia de Dios "siempre mayor" (S. Agustín). La adoración de Dios tres veces santo y soberanamente amable, nos llena de humildad y da seguridad a nuestras súplicas. (CIC 2628)

Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la "nada de la criatura", que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y **humillarse a sí mismo**, como hace María en el Magnificat, confesando con gratitud que Él ha hecho cosas grandes y que su Nombre es santo. La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo. (CIC 2097).

Y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra: Regalos que por un lado expresan una vertiente cristológica (hacen referencia a lo que es Cristo) y por otro, una vertiente ascético espiritual (vertiente interior). Dice San León Magno: Le regalaron "incienso como a Dios, oro como a Rey y mirra como a hombre". Pero, por otro lado, lo que le ofrecen es el incienso de su oración, la mirra de sus sacrificios y el oro de su amor.

II. El BAUTISMO del Señor

El deseo ardiente de conocer más al Señor:

"Señor, a quien nadie puede ver sino los corazones puros, yo busco, por medio de la lectura y de la meditación, lo que es la verdadera pureza de corazón y cómo es posible obtenerla para ser capaz, gracias a ella, de conocerte aunque sea un poco. He buscado tu rostro, Señor. He meditado mucho en mi corazón, y un fuego se ha encendido en mi meditación: el deseo de conocerte más. Te me das a conocer cuando partes para mí el pan de la Sagrada Escritura. Y cuanto más te conozco, más deseo conocerte, no solamente en la corteza de la letra, sino en el sabor de la experiencia. No pido esto, Señor, en razón de mis méritos propios, sino por tu misericordia" (Guigues el Cartujano. Prior de la Gran cartuja).

1. La historia (Mt 3,13-17)

La vida pública empieza propiamente con el Bautismo: es el reconocimiento público, oficial y solemne del Padre de los cielos en favor de su Hijo Encarnado. Bellísima teofanía trinitaria.

En este misterio debemos considerar la **humildad** de Jesús. "Se hizo semejante en todo a nosotros menos en el pecado". Jesús no se bautiza porque tenga necesidad de purificación, sino para darnos ejemplo de humildad y para santificar las aguas ("y las aguas tienen desde entonces poder de santificar"). Se pone en la fila de los pecadores...

"Señor, quiero acercarme a Ti, pero aunque me ponga el último, siempre seré el penúltimo porque Tú te has puesto siempre el último. Tu vida siempre ha sido descender, descender, descender, porque Tú eres amor, y el Amor siempre quiere dar, el amor es humilde, el amor es pobre" (C. de Foucauld).

Jesús aparece aquí como el siervo de Isaías. Siervo sufriente y humillado, enviado por Dios para dar la buena noticia a los pobres, curar a los enfermos, abrir los ojos a los ciegos, sacar de la prisión a los cautivos...

Juan se resiste a bautizarle: - "Soy yo el que necesita que Tú me bautices". Pero Jesús insiste: - "Deja. Conviene que se cumpla lo que Dios ha dispuesto". Juan también era humilde: *No soy el Mesías. El que viene detrás de mí, es más grande que yo. Y yo no soy digno ni de desatarle la correa de las sandalias. Conviene que Él crezca y yo mengüe...*

2. Jesús en la fila de los pecadores

Contempla a Jesús, confundiendo con la muchedumbre, mezclándose con ella. Aparece como un pecador más. Espera su turno. Dios guardando cola para ser bautizado. ¡Jesús, esta humildad tuya me embelesa matando mi orgullo!

El corazón se estremece... Jesús, reconozco que esta humildad tuya me desconcierta: Te proclamas públicamente pecador. Te presentas a recibir el bautismo de penitencia. Y eres ¡la Segunda Persona de la Santísima Trinidad! Los ángeles velan Tu faz cantando "Santo, Santo, Santo", como escuchó Isaías al rasgarse el cielo sobre su cabeza (6,3). Cristo es santo, inocente, sin mancha segregado de los pecadores.

Y es que sigue en pie Su actitud inicial de la Encarnación, *exinanivit*, se anonadó.

3. "Yo debo ser bautizado por Ti, no al revés..."

Una lluvia torrencial de humillaciones y desprecios, dolores e injurias le esperan en su vida pública. A orillas del Jordán ya empiezan a caer sobre Él... *"Aprende polvo a humillarte, cuando ves al Rey de los Cielos aparecer como pecador y sujetarse a un bautismo de perdón"* (S. Bernardo). **Se esfuma mi orgullo al contemplar a Cristo.** Nuestras mezquinas vanidades, deseos de figurar, ansias de que nos aprecien..., retroceden avergonzadas.

"Yo debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?", le dice Juan... Yo soy quien debo aparecer como criminal, pues lo soy... pero Tú, que eres la santidad misma de Dios, el Cordero Inmaculado que quita los pecados, ¿vas a aparecer ahora como malhechor?... *"Déjame hacer ahora -le dijo Jesús- porque así nos conviene cumplir toda justicia"*.

Humilde es el que se esconde en su propia nada y sabe dejar a Dios...

Cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se pueda llegar" (S. Juan de la Cruz)

El bautizado prolonga a Cristo. Jesús hace conquista de almas humillándose... Nosotros queremos hacer apostolado apareciendo, haciendo ruido. Hay que cuidar del prestigio -decimos-, de la fama, del buen nombre, para salvar almas. Cristo en cambio empieza jugándose todo, confundido como un malhechor más. Nos libera así del orgullo y de la pereza que nos secuestran.

4. "Tú eres mi Hijo amado"

Se abren los cielos que el pecado había cerrado y se oye la voz del Padre: *"Este es mi Hijo Amado, mi Predilecto..."* *"En cuanto fue bautizado Jesús por Juan, subió luego del agua..."* La respuesta del Padre a la humillación de Jesús va a ser Su glorificación, la proclamación de Su Divinidad. No nos extrañe. Siempre que el Verbo Encarnado se abate por nuestro amor, allí está el Padre ensalzándolo. Ley para Él, ley para nosotros que Le alargamos. *"El que se enaltece será humillado. El que se humilla será enaltecido"*.

En la noche de Navidad el Señor se anonada hasta hacerse Niño y los ángeles cantan en las alturas "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos..." Se oculta largos años en Nazaret, pero ante los doctores estupefactos, se encargará el Padre de manifestar la sabiduría de Su Hijo. El Viernes Santo morirá Jesús, pero el Padre sin esperar a resucitarlo, hace temblar la tierra, rocas se quiebran, sepulcros se abren... En el Bautismo de Jesús ocurre lo mismo...

"Y se rasgaron los cielos y el Espíritu Santo como una paloma bajaba y venía a posarse sobre Él". Una voz resonó que decía: *"Tú eres Mi Hijo amado. En Ti tengo puestas Mis complacencias"*. Se rebaja Cristo hasta confundirse con los pecadores, se reconoce digno del peso de la justicia Divina. Las nubes se abren para ensalzarlo... Solicita Jesús bautismo de perdón. Al punto, el Espíritu de Amor atestigua que reposa sobre Él con la plenitud de Sus Dones. El Padre le proclama al instante objeto de Sus delicias.

¡Qué paz tan grande debe inundar nuestras humillaciones! El Señor que nos prueba, nos exaltará cuando lo exija Su gloria y la salvación de nuestros hermanos. Basta tener paciencia, vivir de fe, esperar.

"Tú eres Mi Hijo amado..." En el silencio de la oración, cuando la persona está en paz serena y disfruta la cercanía del Señor, se rasgarán los cielos. La voz del Padre resuena en mi corazón. *"Éste es Mi Hijo amado"*, me dirá, mientras contemplo a Jesús saliendo de las aguas del Jordán... La Virgen nos repite con delicadeza de Madre llena de cariño estas deliciosas palabras: *"Éste es Mi Hijo muy amado. En Él tengo todas mis complacencias"*. Y la mirada de María cuando pronuncia estas palabras, está clavada en los ojos de Jesús al salir del Jordán.

¡Madre! Quiero parecerme a Él. Ser para ti otro Jesús, para las almas otro Cristo. Sentiré que tú me dices también mirándome: "Tú eres mi hijo amado, en ti tengo puesto mi amor"... Alegría al sentirme hermano de Jesús, "primogénito entre muchos hermanos".

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 14 (petición): amar, adorar, ofrecernos... al Niño, como la Virgen María

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

¡HAGAMOS ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN!

La contemplación nos impulsa a la adoración: adorar es sometimiento amoroso: humillación y beso

Cuando oramos, Dios no solamente está frente a nosotros, como el Totalmente otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en Él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo.

La palabra "adoración" en griego es *proskynesis*. Significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos. Este gesto es necesario, aun cuando nuestra ansia de libertad se resiste, en un primer momento, a esta perspectiva. Hacerla completamente nuestra será posible solamente en el segundo paso que nos presenta la Última Cena.

La palabra "adoración" en latín es *adoratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace Unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde lo más íntimo de nuestro ser (Benedicto XVI).



Texto 2: **Debemos, como los magos, saber elegir el camino** (Benedicto XVI, Colonia 2005)

Cuando se perfila en el horizonte de la existencia, una respuesta como ésta, hay que saber tomar las decisiones necesarias. Es como alguien que se encuentra en una bifurcación: **¿Qué camino tomar?** ¿El que sugieren las pasiones o el que indica la estrella que brilla en la conciencia? Los Magos, una vez que oyeron la respuesta «en Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta» (Mt 2,5), decidieron continuar el camino y llegar hasta el final, iluminados por esta palabra. Desde

Jerusalén fueron a Belén, es decir, desde la palabra que les había indicado dónde estaba el Rey de los Judíos que buscaban, hasta el encuentro con aquel Rey, que es al mismo tiempo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. También a nosotros se nos dice aquella palabra. También nosotros hemos de hacer nuestra opción.

En realidad, pensándolo bien, ésta es precisamente la experiencia que hacemos en la participación en cada Eucaristía. En efecto, en cada Misa, el encuentro con la Palabra de Dios nos introduce en la participación del misterio de la cruz y resurrección de Cristo y de este modo nos introduce en la Mesa eucarística, en la unión con Cristo. En el altar está presente al que los

Magos vieron acostado entre pajas: Cristo, el Pan vivo bajado del cielo para dar la vida al mundo, el verdadero Cordero que da su propia vida para la salvación de la humanidad.

Iluminados por la Palabra, siempre es en Belén -la «Casa del pan»- donde podremos tener ese encuentro sobrecogedor con la indecible grandeza de un Dios que se ha humillado hasta el punto de hacerse ver en el pesebre y de darse como alimento sobre el altar.

¡Podemos imaginar el *asombro de los Magos ante el Niño en pañales!* Sólo la fe les permitió reconocer en la figura de aquel niño al Rey que buscaban, al Dios al que la estrella les había guiado. En Él, cubriendo el abismo entre lo finito y lo infinito, entre lo visible y lo invisible, el Eterno ha entrado en el tiempo, el Misterio se ha dado a conocer, mostrándose ante nosotros en los frágiles miembros de un niño recién nacido.

«Los Magos están asombrados ante lo que allí contemplan: el cielo en la tierra y la tierra en el cielo; el hombre en Dios y Dios en el hombre; ven encerrado en un pequeñísimo cuerpo aquello que no puede ser contenido en todo el mundo» (San Pedro Crisólogo, Serm. 160,2).

Texto 3: **Camino interior; adoración-donación; santos reformadores** (Benedicto XVI. Colonia 2005)

San Mateo dice en su evangelio: "*Entraron en la casa (sobre la que se había detenido la estrella), vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron*" (Mt 2, 11). El camino exterior de aquellos hombres terminó. Llegaron a la meta. Pero en este punto comienza un **nuevo camino** para ellos, una peregrinación interior que cambia toda su vida.

Porque seguramente se habían imaginado de modo diferente a este Rey recién nacido. Se habían detenido precisamente en Jerusalén para obtener del rey local información sobre el Rey prometido que había nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos. Estaban convencidos de que Dios existía, y que era un Dios justo y bondadoso.

Tal vez habían oído hablar también de las grandes profecías en las que los profetas de Israel habían anunciado un Rey que estaría en íntima armonía con Dios y que, en su nombre y de parte suya, restablecería el orden en el mundo. Se habían puesto en camino para encontrar a este Rey; en lo más hondo de su ser buscaban el derecho, la justicia que debía venir de Dios, y querían servir a ese Rey, postrarse a sus pies, y

Textos Complementarios:

Texto 1: **Entrando en casa, vieron al Niño** (S. Rafael Arnaiz)

Adoración de los Reyes...poderosos de la tierra, humillan sus cabezas ante la humilde cuna de un Niño... Oro, incienso y mirra venido de Oriente... Ansiedad en los corazones. Polvo de los caminos recorridos de noche, guiados por una estrella. ¿Dónde está aquél que ha nacido?... Han pasado veinte siglos... Almas que también recorren los caminos de la tierra como los Magos de Oriente, siguen preguntando al pasar: ¿Habéis visto al que ama mi alma? (Can.Cant.3,3) También ahora es una estrella de luz la que iluminando nuestro camino; nos lleva a la humildad de un Portal, y nos muestra aquello que nos ha hecho salir "fuera de los muros de la ciudad" (He 13,13; cf. Lc 16,27). Nos enseña a un Dios, que, siendo dueño de todo, de todo carece. Al creador de la luz y calor del sol, padeciendo frío...Al que viene al mundo por amor a los hombres, de los hombres olvidado.

También ahora como entonces, hay almas que buscan a Dios... Mas por desgracia, no todos llegan a encontrarlo; no todos miran a la estrella que es la fe, ni se atreven a adentrarse en esos caminos que conducen a Él, que son la humildad, el renunciamiento, el sacrificio y casi siempre la Cruz.

Cuando esta noche en el coro, me acordaba, sin yo quererlo, de mis días infantiles, de mi casa... de los Reyes..., mis hábitos blancos me decían otra cosa... También yo, como los Magos, vine a buscar un Portal... Ya no soy niño a quien hay que dar juguetes. Las ilusiones ahora son más grandes y no son de esta vida... Las ilusiones del mundo, como juguetes de niño, hacen feliz cuando se esperan..., después, todo es cartón. Ilusiones del cielo... ilusión que dura la vida y que después no defrauda. ¡Qué contentos volverían los Magos después de haber visto a Dios! Yo también le veré..., no hay más que esperar un poco. Pronto llegará la mañana y con ella la luz. ¡Qué feliz será el despertar!

así servir también ellos a la renovación del mundo. Eran de esas personas que *"tienen hambre y sed de justicia"* (Mt 5, 6). Un hambre y sed que les llevó a emprender el camino; se hicieron peregrinos para alcanzar la justicia que esperaban de Dios y para ponerse a su servicio.

Aunque otros se quedaban en casa y les consideraban utópicos y soñadores, en realidad eran seres con los pies en tierra, y sabían que para cambiar el mundo hace falta disponer de poder. Por eso, no podían buscar al niño de la promesa sino en el palacio del Rey. No obstante, ahora se postran ante una **criatura de gente pobre**, y pronto se enterarán de que Herodes -el rey al que habían acudido- le acechaba con su poder, de modo que a la familia no le quedaba otra opción que la fuga y el exilio. El nuevo Rey ante el que se postraron en adoración era muy diferente de lo que se esperaban. Debían, pues, aprender que Dios es diverso de como acostumbramos a imaginarlo.

Aquí **comenzó su camino interior**. Comenzó en el mismo momento en que se postraron ante este Niño y lo reconocieron como el Rey prometido. Pero debían aún interiorizar estos gozosos gestos.

Debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre y **así cambiar también ellos mismos**. Ahora habían visto: el poder de Dios es diferente del poder de los grandes del mundo. Su modo de actuar es distinto de cómo lo imaginamos, y de cómo quisiéramos imponerle también a él. En este mundo, Dios no le hace competencia a las formas terrenales del poder. No contrapone sus ejércitos a otros ejércitos.

Cuando Jesús estaba en el Huerto de los olivos, Dios no le envía doce legiones de ángeles para ayudarlo (cf. Mt 26, 53). Al poder estridente y prepotente de este mundo, él contrapone el poder inerme del amor, que en la cruz -y después siempre en la historia- sucumbe y, sin embargo, constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instaura el reino de Dios. Dios es diverso; ahora se dan cuenta de ello. Y eso significa que ahora ellos mismos tienen que ser diferentes, han de aprender el estilo de Dios.

Habían venido para ponerse al servicio de este Rey, para modelar su majestad sobre la suya. Este era el sentido de su gesto de acatamiento, de su **adoración**. Una adoración que comprendía también sus presentes -oro, incienso y mirra-, dones que se hacían a un Rey considerado divino. La adoración tiene un contenido y comporta también una donación. Los personajes que venían de Oriente, con el gesto de adoración, querían reconocer a este niño como su Rey y poner a su servicio el propio poder y las propias posibilidades, siguiendo un camino justo. Sirviéndole y siguiéndole, querían servir junto a él a la causa de la justicia y del bien en el mundo.

En esto tenían razón. Pero ahora aprenden que esto no se puede hacer simplemente a través de órdenes impartidas desde lo alto de un trono. Aprenden que deben **entregarse a sí mismos**: un don menor que este es poco para este Rey. Aprenden que su vida debe acomodarse a este modo divino de ejercer el poder, a este modo de ser de Dios mismo. Han de convertirse en hombres de la verdad, del derecho, de la bondad, del perdón, de la misericordia. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo contribuir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que **aprender a perderse a sí mismos y, precisamente así, a encontrarse**.

Al salir de Jerusalén, han de permanecer tras las huellas del verdadero Rey, en el seguimiento de Jesús.

Texto 4: El bautismo de Cristo (San Gregorio Nacianceno)

Cristo es iluminado: **dejémosnos iluminar junto con él**; Cristo se hace bautizar: **descendamos al mismo tiempo que él, para ascender con él**. Juan está bautizando, y Cristo se acerca; tal vez para santificar al mismo por quien va a ser bautizado; y sin duda para sepultar en las aguas a todo el viejo Adán, santificando el Jordán antes de nosotros y por nuestra causa; y así, el Señor, que era espíritu y carne, nos consagra mediante el Espíritu y el agua. Juan se niega, Jesús insiste.

Entonces: Soy yo el que necesito que tú me bautices, le dice la lámpara al Sol, la voz a la Palabra, el amigo al Esposo, el mayor entre los nacidos

de mujer al Primogénito de toda la creación, el que había saltado de júbilo en el seno materno al que había sido ya adorado cuando estaba en él, el que era y habría de ser precursor al que se había manifestado y se manifestará. Soy yo el que necesito que tú me bautices; y podría haber añadido: «Por tu causa». Pues sabía muy bien que habría de ser bautizado con el martirio; o que, como a Pedro, no sólo le lavarían los pies.

Pero Jesús, por su parte, asciende también de las aguas; se lleva consigo hacia lo alto al mundo, y mira cómo se abren de par en par los cielos que Adán había hecho que se cerraran para sí y para su posteridad, del mismo modo que se había cerrado el paraíso con la espada de fuego.

También el Espíritu da testimonio de la divinidad, acudiendo en favor de quien es su semejante; y la voz desciende del cielo, pues del cielo procede precisamente Aquel de quien se daba testimonio; del mismo modo que la paloma, aparecida en forma visible, honra el cuerpo de Cristo, que por deificación era también Dios. Así también, muchos siglos antes, la paloma había anunciado del diluvio.

Honremos hoy nosotros, por nuestra parte, el bautismo de Cristo, y celebremos con toda honestidad su fiesta.

Ojalá que estéis ya purificados, y os purifiquéis de nuevo. Nada hay que agrade tanto a Dios como el **arrepentimiento** y la salvación del hombre, en cuyo beneficio se han pronunciado todas las palabras y revelado todos los misterios; para que, como astros en el firmamento, os convirtáis en una fuerza vivificadora para el resto de los hombres; y los esplendores de aquella luz que brilla en el cielo os hagan resplandecer, como lumbreras perfectas, junto a su inmensa luz, iluminados con más pureza y claridad por la Trinidad, cuyo único rayo, brotado de la única Deidad, habéis recibido inicialmente en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien le sean dados la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

2 y 3. Ejercicio de CARIDAD y de ABNEGACIÓN para esta semana

Juan Bautista, "alumno de la disciplina de Cristo...". Seamos miembros de una minoría salvadora

Juan había pasado sus años juveniles ejercitándose en los rigores de la más austera penitencia. Aquella visita de María a lo largo de tres meses fue decisiva... El Precursor comprendió que para ser heraldo de Cristo debía troquelarse en dura **mortificación corporal**. La Virgen, desde lejos, contemplaría gozosa su perfil ascético preparando los caminos de su Hijo.

Juan supo muy bien que el cristianismo es una escuela de autodomínio, una iniciación en el coraje y en el heroísmo. No teme educar al hombre en la templanza, propio control, generosidad, renuncia, sacrificio. "Sabe y enseña que el hombre verdadero y perfecto, puro y fuerte, capaz de actuar y amar, es alumno de la disciplina de Cristo, la **disciplina de la Cruz**" (S. Pablo VI).

"La Iglesia tiene necesidad de hijos intrépidos, educados en la escuela del Evangelio. Por eso su invitación a la penitencia de la carne, a la mortificación del espíritu, es de más actualidad que nunca" (S. Pablo VI).

Ayuno (vida austera y sacrificada) y **virginidad**, son las dos claves de San Juan con las que camina contra corriente. Así avanza la Iglesia por la historia, anunciando la vida Eterna.

Debemos tener el coraje de ser inconformistas ante las tendencias del mundo opulento. Lejos de acomodarnos a la mentalidad de la época, los cristianos tendríamos que imprimir el sello de la **austeridad evangélica**. Los creyentes hemos olvidado que no podemos vivir como vive cualquiera.

Hoy más que nunca, los bautizados debemos tener conciencia clara de pertenecer a una **minoría**. Estamos enfrentados con lo que aparece bueno, evidente y lógico al "espíritu del mundo", como lo llama el Nuevo Testamento. Uno de los deberes más urgentes del cristiano es oponerse a muchas de las tendencias de la cultura ambiente. "Al hombre de cada época, dice Chesterton, lo salva una minoría que se opone a sus gustos".